

Corrupción, vulnerabilidad fiscal y pronunciamiento militar. Los emperadores del siglo III como modelo en la obra de Herodiano y en los escritores de la Historia Augusta

Corruption, fiscal vulnerability, and military intervention. The emperors of the Third Century as a model in the works of Herodian and in the writers of the Historia Augusta

Rosa Sanz Serrano*
 Universidad Complutense de Madrid
 ORCID ID 0000-0002-3013-9201.
rosasanz@ghis.ucm.es

Cita recomendada:

Sanz Serrano, R. (2024). Corrupción, vulnerabilidad fiscal y pronunciamiento militar. Los emperadores del siglo III como modelo en la obra de Herodiano y en los escritores de la Historia Augusta. *Eunomia. Revista en Cultura de la Legalidad*, 26, pp. 180-203

DOI: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2024.8508>

Recibido / received: 20/12/2023
 Aceptado / accepted: 15/01/2024

Resumen

En este trabajo se presentan algunas reflexiones sobre la creación en las fuentes del siglo III de un modelo estereotipado del tirano que en la época alcanzaba el poder mediante un pronunciamiento militar en contraposición con los emperadores considerados legítimos elegidos o aceptados por el senado. El modelo presenta una serie de características comunes

* Es catedrática del Departamento de Prehistoria, Historia antigua y arqueología de la Universidad Complutense de Madrid, presidente de la Asociación *Barbaricum* y miembro correspondiente del *Deutsche Archäologische Institut* (DAI). Es especialista en el estudio de las relaciones entre romanos y bárbaros en época imperial, en los conflictos religiosos la historia de las mujeres en el mundo antiguo.



entre las que destacan la ruptura con la constitucionalidad, las guerras civiles desatadas, la presión fiscal para dar respuesta a las exigencias de los mandos militares, la corrupción endémica del sistema militar y fiscal y el asesinato sistemático de los opositores.

Palabras clave

Siglo III, limes romano, pronunciamiento militar, corrupción y malversación, presión fiscal.

Abstract

In this work, several reflections are presented regarding the creation, within the sources of the third century, of a stereotyped model of the tyrant who ascended to power through military intervention, in contrast to the emperors considered legitimate, chosen or accepted by the Senate. This model exhibits a series of common characteristics, among which stand out the rupture with constitutional norms, the outbreak of civil wars, the fiscal pressure to meet the demands of military commands, the endemic corruption within the military and fiscal systems, and the systematic assassination of opponents.

Keywords

Third century, roman frontier, military intervention, corruption and embezzlement, fiscal pressure.

SUMARIO. 1. Causas y antecedentes de la ruptura con el orden constitucional en las provincias de limes. 2. Corrupción y malversación de fondos en los pronunciamientos militares en las provincias. 3. Reflexiones finales.

1. Causas y antecedentes de la ruptura con el orden constitucional en las provincias de limes

A finales del siglo III el emperador Cayo Aurelio Valerio Diocleciano (284-305) iniciaba una serie de reformas para acabar con los abusos y la corrupción en la administración civil y militar heredados de sus antecesores en el gobierno del Imperio. En un recuerdo breve de las más importantes, porque éstas no son el objeto de este estudio, conviene destacar la propia implantación del sistema tetrárquico, con la incorporación como augusto de Marco Aurelio Valerio Maximiano, y de Cayo Galerio Valerio y Constancio Cloro como césares, y la diversificación con el mismo fin de las sedes palaciales en detrimento de la ciudad de Roma¹. Una decisión que venía avalada por sus importantes triunfos militares en la Galia contra la bagauda, en Egipto contra los blemmyes, contra las revueltas de Carausio y de Alecto en Galia y Britania, de Aquileo en Egipto y de Eugenio en Siria, además de pequeños triunfos fronterizos contra godos, vándalos, sármatas, carpos y basternas en el Rin y el Danubio de los que presumen los documentos de la época². Las necesidades del momento exigieron una

¹ Debemos a Seston (1946) la denominación de una nueva forma de gobierno con emperadores provenientes de las regiones fronterizas del Imperio. Diocleciano priorizaba las decisiones y gobernó Oriente con su César Galerio y Maximiano con Constancio Cloro se encargaron de las provincias occidentales y fronterizas con los bárbaros (Maximiano en Italia y África y para Constancio el resto de Occidente) con sedes en Nicomedia, Tesalónica, Antioquía o Milán. Ninguno de los componentes de la tetrarquía tuvo contacto estrecho con Roma, ni celebraron sus triunfos en la ciudad y Diocleciano solo la visitó en ocasión de la celebración de sus *vicennalia* en el 303 y antes de abdicar junto con Maximiano (Zósimo. II. 7-8; Eutropio. *Breviario*. X. 26). El cambio también supuso una mayor orientalización y ritualización de la auto-representación del nuevo orden, como la adquisición de los títulos *Dominus* y *Deus*, la implantación del beso del manto púrpuro «a la manera extranjera y propia de los reyes» (Amiano Marcelino. 15. 5. 18), el saludo (*proskynesis*) y el vestirse con ropas adornadas con piedras preciosas. Sobre el asunto (Carlá, 2019).

² Sobre los éxitos militares de la tetrarquía las referencias son muy abundantes. Destacan los trabajos pioneros de Thompson (1952) y Drinkwater (1984) sobre la problemática en la Galia y en general Bravo

reforma de la estructura del estado, de lenta aplicación, que se consolidó definitivamente con la dinastía Constantiniana y que produjo unos cambios en la administración territorial, militar y fiscal que Aurelio Víctor (*De Caes.* 39, 31-48) consideró en el siglo IV como esenciales para acabar con los enfrentamientos, las traiciones y la criminalidad en la corte y en los territorios fuera de ella. La historiografía ha destacado como principales la promoción al rango senatorial de muchos de sus apoyos de origen ecuestre, la entrega del mando de las provincias -que aumentaron su número para un mejor control- a personas procedentes de este orden (*praesides*) en detrimento de los senadores y la ordenación de una nueva pirámide administrativa. Esta última con la finalidad de recortar el poder de los gobernadores provinciales que quedaron relegados a sus funciones civiles y dependientes de unidades administrativas superiores: las diócesis gestionadas por los vicarios, también con exclusiva función civil, y las prefecturas por los prefectos del pretorio (*vices agens praefectorum praetorio*); cargos en su mayoría ecuestres que ejercían las dos funciones y procedían de los círculos de confianza de los emperadores³. El más que probable inicio en esta época de la reforma militar con la división entre tropas comitatenses y limitáneas -que ha sido motivo de importantes debates historiográficos- aparte de la búsqueda de una mejora en el control de las fronteras y la interconexión con los territorios del interior ante posibles conflictos internos y externos, evitaba a su vez la acumulación de poder en los tradicionales altos mandos provinciales y en los *comites* y *duces* a cuyo mando se entregaron⁴.

El conjunto de las reformas evitaba la acumulación de poder civil y militar en un mismo cargo, diversificaba ambos poderes, alejaba el control de los impuestos y del tesoro público de la gestión directa de los militares y a la vez evitaba la intervención de los *praesides* y vicarios en los asuntos del ejército. A través del nuevo sistema, los tetrarcas intentaban suprimir las circunstancias que durante décadas habían sumido al estado romano en una dinámica de continuas guerras civiles y pronunciamientos militares. Décadas de corrupción y malversación de fondos en los sistemas fiscal y militar que facilitaron las aspiraciones personales, los conflictos en las provincias y entre éstas y el estado representado por el senado y el pueblo de la ciudad de Roma. Nunca como en el siglo III el mantenimiento de la magistratura imperial llegó a depender tan directamente de los avatares provinciales -en especial de las provincias del limes- donde los asentamientos militares consumían una buena parte de los recursos del estado⁵. Como es conocido, la reforma de Diocleciano en los dos campos

(1989, pp.187-196), (Williams, 1985), Bleicken (1978), Barnes (1982), Kolb (1987), Rémy (1998), Rees (2004) y Boschung- Ecks (eds. 2006).

³ Sobre esta organización no hay una fuente específica, por lo que para su estudio se han utilizado los datos de la *Notitia Dignitatum*, los testimonios epigráficos y datos aislados en fuentes como Zósimo. II. 33. 1-5) o el *Laterculus Veronensis* del que se deducen unas 96 provincias agrupadas en 12 diócesis. Sobre una síntesis de las reformas, López Barja de Quiroga y Lomas Salmonte (2004, pp.495-497).

⁴ Para las fuentes del siglo IV los *magistri militum*, *peditem*, *equitum*, *praesentialis* con los *comites* y *duces* para espacios provinciales más concretos. Sobre esta reforma y la polémica historiográfica que la atribuye a Constantino, véase Seston (1946; 1980, pp. 483-495) y Van Berchem (1952). De nuevo las informaciones básicas se recogen en la *Notitia Dignitatum* y en el Código Teodosiano (VII. 13-15 *De tironibus* y VII. 20. 4 *De veteranis*). Posteriormente los emperadores consolidaron su protección personal con los *auxilia palatina* dependientes del *magister officiorum*, que con el tiempo acabaron por estar compuestos sobre todo de federados bárbaros que vinieron a suplir las antiguas tropas pretorianas que habían tenido un papel esencial en los disturbios políticos del siglo III. Sobre los cambios operados en las unidades militares entre los siglos III al IV remito a Le Bohec (2017, p. 532) y Menéndez Arguín (2011).

⁵ Por el sistema de la *annona militaris* y lo *vectigalia* que permitían pagar los *stipendia* y *donativa* estipulados. Entre los impuestos indirectos más importantes se encontraban el *aurum coronarium* entregado por los curiales en oro al emperador, el porcentaje para la transmisión de herencias o *vicesima hereditatum*, el pagado por las manumisiones de esclavos o *vicésima libertatis*, la compraventa de bienes o *centesima rerum venalium*, el impuesto sobre las minas o *metalla*, la cantidad aportada por los senadores o *collatio glebalis* o los *portoria* por los productos como principales. Sobre estas cuestiones, Vera (2016), Boek (2008), Aparicio (2006) y Serrano Madroñal (2016, pp. 393-404).

impositivos que fueron la *capitatio* y la *iugatio* estuvo encaminada precisamente a lograr un exhaustivo control del censo con medidas que en parte ya habían realizado otros emperadores, cuya finalidad era conseguir sanear las arcas públicas y evitar los abusos que se cometían en los distintos momentos del proceso de recaudación tributaria desde que se realizaban los cálculos (*indictiones*)⁶. Como también por evitar los abusos con la especulación de los precios y la malversación (*peculatus*) que habían generado una inflación continuada y obligado a los emperadores precedentes a una continua devaluación del sistema monetario, en especial la moneda de plata con que se pagaba a los soldados, con no muy buenas consecuencias⁷.

La tetrarquía esencialmente intentaba alejar el fantasma de la corrupción general que había sostenido las aspiraciones personales de los cuadros del ejército –entre ellos, el mismo Diocleciano– y la multiplicación de las guerras civiles, hasta el punto de degradar en extremo las instituciones y en especial las normas constitucionales que formaban parte del *mos maiorum* reconocido. De manera que, el discurso de las fuentes en el siglo III, fundamentalmente Herodiano y los Escritores de la Historia Augusta, muy marcados por una ideología senatorial, que responsabilizó al estamento militar de la desestabilización política ocurrida en este tiempo causada por el establecimiento de tiranías. Entendiendo como tiranos o usurpadores del poder a quienes ascendieron a la más alta magistratura desde el orden ecuestre sin haber sido candidatos previos del Senado –que perdía su *auctoritas* para decidir sobre el gobierno del imperio–, ni contar con honores merecidos, o haber sido investidos por el pueblo romano al que supuestamente se le confería todavía la capacidad –solo teórica– de elegir a sus magistrados. Hasta el punto de que para el siglo III la Historia Augusta (Flavio Vopisco Siracusano, 26. 43. 1) denunciaba cómo el gobierno de los malos príncipes tenía su causa en los amigos perversos y los servidores execrables que acompañaban a los tiranos, eximiendo de cualquier culpa a otras instituciones.

Los transgresores constitucionales aparecen representados en el relato general sostenidos por la malversación de los fondos del estado que permitía los apoyos necesarios en un pronunciamiento militar que, en la mayoría de los casos, llevaba aparejada una guerra civil con la connivencia evidente de los gobiernos provinciales que gestionaban los bienes fiscales y decidían sobre los asuntos militares. De ahí que la casi totalidad de las sublevaciones tuvieran lugar en las provincias periféricas, en los principales centros legionarios, unidos por una compleja red viaria que facilitaba el rápido movimiento de las tropas, donde fueron dirigidos por

⁶ El sistema fiscal romano era una potente máquina de control de los recursos que permitía la corrupción local, provincial y la administración de palacio. Lactancio (*De la muerte de los perseguidores*. 23. 14) asegura que se medía cada terrón de tierra y se contaban los animales y personas para exprimir al máximo las actividades recaudatorias (para no perder el control fiscal de los *tributarii*, *adscripticii* o *inquilini*). Las denuncias de abusos son constantes en las leyes por parte de los *conductores*, *susceptores* o *exactores* (*C. Th.* XI. 2. 4; 16. 18; XIII. 11.2; XV. 3. 4-6; XXIV.1. 2; 20). Al respecto los estudios de Tengström (1974) y Depeyrot (1996, pp 33-50).

⁷ Como han demostrado los conocidos trabajos de Depeyrot (1996, pp. 33-70) y Delmaire (1995: 75-95) a lo largo del siglo III la devaluación de la moneda había sido una constante como también los abusos de los encargados de acuñar, de los cambistas y prestamistas. González García (2011, pp. 123-152) considera las devaluaciones como la forma de obtener fondos rápidos para el pago a los soldados y apunta el saqueo de los templos como una importante fuente de financiación para evitar las revueltas militares. Sobre la inflación en el siglo IV nos informa el Teodosiano (*C. Th.* IX. 1-3; XII. 7, 1-2). A pesar del intento de la tetrarquía por controlar los precios en su conocido *Edictum de Pretiis Rerum Venalium*, recogido por Aristio Optato prefecto de Egipto, que se supone afectaba a todo el Imperio aunque en realidad lo conocemos por documentos muy limitados en Grecia y Oriente. Véase Corcoran (1996, pp. 230-50) y el clásico de Callu (1969).

personajes vinculados a estos espacios por nacimiento o por ejercer en ellos su cargo, en un evidente conflicto con el senado de Roma⁸.

Estos centros funcionaban como sociedades complejas y vivas que acogían gentes de todo tipo y procedencia bajo la supervisión de las autoridades civiles y militares que fueron parte activa en los pronunciamientos de los tiranos⁹. Unos organismos vivos donde a partir del siglo II se multiplicó la presencia de mercenarios extranjeros como tropas auxiliares complementarias de las legiones también mantenidas por el fisco, en paralelo al fenómeno bien documentado de la cada vez mayor resistencia de los ciudadanos romanos a enrolarse en las legiones desde el siglo I (Dion Casio. LVI. 23. 2-4). De manera que la defensa del limes se sustentó cada vez más en la incorporación de las tropas de *gentiles*, *foederati*, *laeti* y *deditici* y en legionarios procedentes de los cuadros más pobres de la ciudadanía con un protagonismo cada vez mayor en las fuentes desde el siglo III. Todos ellos alimentados por el sistema redistributivo de la *annona militaris*, aspirantes a los beneficios de los *stipendia* y *donativa* y beneficiarios del botín que pudieran proporcionarles las acciones militares de sus emperadores¹⁰. Pero también sensibles a la falta de compromiso de sus mandos y de quien debía mantener sus expectativas y a la corrupción de los funcionarios o *stratores* que provocaban el hambre en los cuarteles o especulaban con los fondos destinados a los soldados, situaciones que se reflejan habitualmente en las fuentes¹¹. Álvarez Soria (2018, pp. 13-40) ha señalado como rasgos de la crisis del reclutamiento voluntario el enrolamiento obligado de los hijos de los veteranos, la incorporación al ejército de esclavos – anteriormente prohibido–, muchos de ellos *dediticios* bárbaros, y los esfuerzos por atraer con privilegios fiscales a los ciudadanos, además de otras estrategias de forzamiento en la recluta de tirones que veremos más detenidamente¹². Precisamente las ventajas y promesas de futuro y de presente eran la base que sostenía la fidelidad a sus emperadores y mandos, sin cuyo cumplimiento la fidelidad debida por los soldados se debilitaba y podía ser trasladada a otros protagonistas capaces de cumplirlas, en especial del orden ecuestre que controlaba las armas y la fiscalidad provincial. Aún transgrediendo la disciplina exigida en el destacamento al que pertenecían (*consensum militum*) y más sensibles a los requerimientos de sus

⁸ La preocupación por el mantenimiento de las defensas fronterizas fue constante en los siglos III y IV como se comprueba en el *Epitome Rei Militaris* de Vegetio y la obra anónima *De Rebus Bellicis*. Sobre las redes viarias y los principales centros en el limes y su funcionamiento como redes de control de las provincias remito a los trabajos de Garnsey-Whittaker (eds. 1983), Luttwak (1976, p. 122), Breeze-Dobson (1993), Godsworthy (2005), Dando-Collins (2012), Dixon (2018) y Rodríguez González (2001). Su relación con las defensas marítimas, las *classis*, está bien estudiada por Forni (1992) y Bounegru-Zahariade (1996) con base en la obra de Amiano Marcelino y en las escenas de las columnas de Trajano y Marco Aurelio. Sobre la problemática arqueológica Christie (2011, pp. 100-140).

⁹ Las familias de los soldados, comerciantes, autoridades civiles, mandos militares, aristocracias locales, bárbaros del otro lado de las fronteras y otros. La mezcla de elementos culturales y étnicos se comprueba en cementerios como los renanos de Westfalia, en el Wetterau y en asentamientos y cementerios de los ríos Sulz, Lahn, Main y Neckar (Carroll, 2001; Goldsworthy y Haynes, 1999). Un buen estudio sobre la relación entre los distintos componentes en Creighton y Wilson (eds.) (1999) y en Drinkwater (2007, 87-104) y Lebedynsky (2001).

¹⁰ En el siglo I Tácito (*Anales*. I. 15) reflejaba la extrema situación de precariedad de los legionarios en estos centros y de las pocas expectativas que tenían después de su licenciamiento. Por su parte Apiano (BC. V. 17) hablaba de reclutamientos forzados para enviar a los hombres a lugares muy alejados donde desertaban o apoyaban todo tipo de revueltas, como también transmiten las leyes del Teodosiano en el siglo IV (C. Th. VII. 18. 1-11). Vera (1994, p.184) suma a ello el interés de los *domini* por evitar enviar a sus colonos e inquilinos y el desarrollo del nuevo impuesto de la *praebitio tironum* (para eximir a los tirones) pagado con el *aurum tironicum* en oro. Véase también el *Epitome Rei Militaris* de Vegetio (II. 20 en Stelten, 1990).

¹¹ Depeyrot (1996, pp.84-102) ha señalado el enorme esfuerzo de los emperadores por mantener a los ejércitos satisfechos, en especial a los mandos.

¹² Además de la entrega de los *prata legionis* (C. Th. VII. 9. 1-2; X. 22. 4; XII. 8-16; XX. 6. 11). Sobre los privilegios militares remito a Hebblewhite (2017, pp.124-137), Chrysos (2003, pp.13-21), Le Bohec (2017, 111).

mandos que al juramento o *sacramentum* debido al emperador (Amiano Marcelino. 23. 5. 16; 14. 7. 12-20) como ha especulado Campbell (1984, p. 23). Las promesas de los nuevos aspirantes podían incentivar la ruptura de la fidelidad debida por diferentes causas que analizaremos más adelante, pero especialmente con el argumento de la falta de cumplimiento de sus obligaciones por el emperador de turno. El aparato consumidor de recursos que era el imperio difícilmente podía evitar la ascensión al poder de quienes podían malversar los fondos públicos locales o conseguir la colaboración de cargos provinciales acusados con asiduidad en las leyes de corrupción (*C.Th.* VI. 6. 14-2; 24-26; XVI. 2. 10-15).

En consonancia con estas breves reflexiones, Aurelio Víctor (*De caes.* 24. 9-11) en el siglo IV atribuía el inicio de la ruptura con la legalidad constitucional y la toma del poder por la fuerza a la dinastía de los Severos en que se abrieron paso una serie de malos emperadores poco formados para el cargo e incluso procedentes del *Barbaricum*:

Desde entonces (Alejandro Severo), puesto que los emperadores, mas deseosos de dominar a los suyos que de someter a los extranjeros y tomando las armas más unos contra otros, precipitaron al estado romano como a un precipicio, fueron elevados al poder imperial de forma indiscriminada los buenos y los malos, los nobles y los que no lo eran, incluso muchos bárbaros. Pues cuando por doquier todo es confuso y nada sigue su curso natural, todos consideran que es lícito, como en un caos, apoderarse de cargos ajenos que no son capaces de desempeñar y escandalosamente echan a perder el conocimiento de la rectitud de conducta (Aurelio, 2008).

El autor informaba con una visión propia y retrospectiva de los hechos, pero la retórica discursiva de las principales fuentes, que son Herodiano y los Escritores de la Historia Augusta, sitúan sus comienzos a partir del año 166, en el contexto de las guerras en el limes del emperador Marco Aurelio cuando intentaba crear las nuevas provincias de Marcomania y Sarmatia, con el pronunciamiento militar de Avidio Casio en el año 175 (*SHA.* 4. 24. 5; 6. 5-6). En el relato encontramos los componentes que se repetirán para el resto de los emperadores soldados: los conflictos fronterizos que permitían un control del ejército por sus mandos más directos, el complot contra el emperador legítimo, el encumbramiento militar a cambio de prebendas, la muerte del propio usurpador o tirano ante la imposibilidad de cumplir con las expectativas de los soldados y la falta de intervención del Senado. Los autores enlazan esta realidad con la preocupación del sucesor en la dinastía, Lucio Aurelio Cómodo (180-192), por asegurar su supervivencia mediante al acercamiento al orden ecuestre y la entrega a los soldados de lustrosos donativos procedentes de las arcas estatales –y en contra de los deseos del Senado que le valieron una literatura adversa que mancilló su reputación– antes de ser asesinado por el complot enmascarado en un conflicto doméstico dirigido por su concubina Marcia y el prefecto Quinto Emilio Leto¹³. Aunque detrás de los hechos estaba la figura de Publio Helvio Pértinax que había sido prefecto de Roma en el año 190 y que contaba con el apoyo de la guardia pretoriana, para cuyo pago no dudó en saquear los bienes de la dinastía que pretendía derrocar (Herodiano. II. 1-5; *SHA.* 8. 1-5). Pero los vicios políticos que serían habituales en las décadas posteriores se manifiestan en el inmediato asesinato de este personaje cuya cabeza fue paseada por la ciudad, un destino que compartió con el nuevo candidato impulsado por el senado que fue Marco Didio Juliano (*SHA.* 9. 1-9; Dión Casio. II. 1. 74), asesinado en junio del 193 por los pretorianos a quienes había prometido una

¹³ Que se sirvieron del liberto Narciso para asesinarlo. Al contrario que su padre, calificado como buen emperador, se le consideró un corrupto capaz de designar las magistraturas, lo que era una práctica común en los emperadores, de dañar los intereses de los senadores y de una corrupción extrema en las provincias y la venta de cargos. Herodiano. I. 4-6; 13. 8_y *SHA.* 4. 17-22. Sobre los vicios imperiales remito al trabajo de Álvarez Jiménez, 2018: 109-130.

gran cantidad de sestercios por su apoyo. Herodiano (II. 6. 4) culpa ya en este momento de la violencia desatada a la soldadesca preocupada por su paga, eximiendo de su culpa a los senadores intrigantes y a los mandos del pretorio con la determinante afirmación de que a partir de ese momento «la afición de los soldados por el dinero y el desprecio por sus emperadores, hasta el extremo de llegar al asesinato, fueron continuamente en aumento».

Con esta afirmación el autor enmascara la inmediata etapa de guerra civil que asoló las provincias por los enfrentamientos entre cargos militares sostenidos por sus ejércitos. Como fueron los casos de Clodio Albino en Galia, Pescenio Niger en Antioquía de Siria y Septimio Severo con las tropas de Panonia y la Germania, todos ellos dispuestos a tomar Roma para ser ratificados y legitimados por el senado (Herodiano. II. 8-9; SHA. 11. 1-9). Incluido el emperador triunfante Lucio Septimio Severo (193-211)¹⁴ que fue investido en el centro legionario de *Carnuntum* en el Danubio después de prometer a los soldados cincuenta mil sestercios y en vida todavía de Didio Juliano. Un complot que dirigió se materializó en su propia casa donde convocó a los tribunos de las legiones que Herodiano consideraba cerrados de entendimiento, pero esenciales para dirigir la voluntad de los soldados. El emperador al entrar en Roma estableció a sus tropas por toda la ciudad, en los templos y pórticos como si se tratase de posadas, según el testimonio evidentemente subjetivo de Herodiano (II. 9. 15) quien asegura que su política fiscal para mantenerse en el poder con un ejército bien pagado –además del embellecimiento de Roma y de algunas ciudades orientales– fue muy criticada por sus contemporáneos, hasta el punto de acusarle de apoderarse del oro de los hispanos que fue a parar a su propio tesoro.

Sin duda el decreto de la extensión del derecho latino a ciudades orientales estuvo guiado por la necesidad imperante de engrosar las arcas estatales con el pago de los impuestos, en especial los indirectos, de un número mayor de ciudadanos antes eximidos de esta carga y que el emperador supo combinar con la exigencia a algunos templos de donativos especiales para sostener sus campañas militares¹⁵.

Precisamente su muerte en York en plena campaña militar reafirmó los cambios que se venían produciendo, aunque estén ocultos en una narrativa un tanto esperpéntica sobre la continuidad de la dinastía en sus hijos Marco Aurelio Severo Antonino Augusto, «Caracalla» (198-217) y Publio Septimio Geta (198-211) en un doble gobierno en Roma sostenidos por los enfrentamientos entre ambos, con dos cortes y dos prefectos. El relato principal de la muerte de Geta a manos de su hermano¹⁶, recogido por Elio Esparciano (SHA.13. 1-11) y Herodiano (III. 14. 8; 15- 5; IV. 3. 2) tienen como finalidad reflejar en Caracalla las características del mal

¹⁴ Remito a los trabajos de Birley (2012) y Daguet-Gagei (2000). Septimio Severo había detentado distintos cargos civiles y militares en las provincias (SHA. 10. 1-9) como cuestor en la Bética y Cerdeña, legado proconsular en África y en Escitia, procónsul de Panonia y legado en Germania entre otros. Se le atribuye atraerse al senado y al ejército a base de donativos, prebendas y espectáculos, además de rodearse para su seguridad de una guardia personal fiel (SHA. 10. 6-7; Herodiano. II. 14.1). Dion Casio (LXXV. 2-8) le acusó de eliminar a muchos opositores en la guerra civil y de enfrentarse a los senadores especialmente manteniendo a sus tropas dentro de la ciudad.

¹⁵ Ciudades comerciales como Tiro, Heliopolis, Laodicea, Emesa, Palmira o Apamea (Digesto. 50. 15. 1: Ulpiano. *Del censo*. I). Se atribuyó el título de Pártico como resaltó en su arco de triunfo en el foro romano donde también incluyó campañas exitosas en Arabia y África que le reflejaban como el gran militar que pretendía ser (Birley, 2012: 210-250) (Rodríguez Plaza, 2008) y (Perea Yébenes, 2015: 203-234). También sostuvo las campañas en Britania donde murió en *Eboracum* (York) en el año 211 por suicidio o enfermedad (Herodiano. IV. 1. 3-8; Dion Casio. LXXIX. 2. 4) cuando estaba acompañado de su familia.

¹⁶ El papel de la madre, Julia Domna, emparentada con el sacerdocio del culto al dios solar *Elagabal* del que su padre Julio Basiano había sido sacerdote, ha sido bien estudiado por Hidalgo de la Vega (2012). La existencia de dos bandos claramente enfrentados fue evidente desde el principio, como también estuvo abierto el campo de las intrigas a pesar de que se había señalado un reparto de poder entre Oriente para Geta y Occidente para Caracalla. (Herodiano. III. 10. 3; 4.1. 5).

emperador cuya vida disoluta estaba relacionada con un amor desmesurado a la soldadesca, en especial los pretorianos, con la que procuraba compartir su vida y sus defectos, y a la que atraía con promesas y regalos, en especial a sus mandos, para que lo nombrasen único emperador y de este modo poder eliminar a su hermano. En el intento de convertirlo en el estereotipo de un emperador dedicado a contentar a sus tropas se incluyen los datos sobre el acercamiento a los auxiliares germanos vistiendo con sus mismas ropas y poniéndose una peluca rubia. Fuera de otros aspectos de la vida del emperador que no caben en este estudio, la escenificación del asesinato de Geta en el año 211 es una demostración del papel que jugaban ya los ejércitos incluso en los conflictos dentro de la dinastía. Caracalla, como brazo ejecutor de su hermano doliente en los brazos de su madre –sorprendentemente sin la defensa de sus pretorianos–, acudió inmediatamente a refugiarse entre sus propios soldados destacados a las afueras de Roma a los que no dudó en prometer dos mil quinientas dracmas áticas, extraídas posiblemente de la fortuna familiar y del saqueo de algunos templos a cambio de su fidelidad (Herodiano. IV. 4. 3-7; VI. 1. 4). Es evidente que las campañas que le valieron los títulos de Germánico y Alamánico mantuvieron las expectativas de conseguir botín entre los soldados, como también las actividades previas a la campaña contra los partos en las principales ciudades de Oriente tenían como objetivo el aprovisionamiento y una masiva recluta de soldados, por encima de otras razones presentes en las fuentes y destinadas a curar sus enfermedades en los templos¹⁷. Y en este contexto es donde se incluye la concesión del derecho de ciudadanía del año 212 a todos los habitantes del imperio que facilitaba sus proyectos, en parte siguiendo el ejemplo de la concesión de la latinidad realizado por su padre, como también los castigos que sufrieron los defraudadores de moneda y los culpables de la inflación que afectaba a muchas ciudades¹⁸.

Para entonces era ya evidente la amenaza que suponía el descontento militar que no pudo frenar los esfuerzos del emperador por mantenerse en el poder. Precisamente su muerte está envuelta en la oscuridad de un complot en el seno del ejército que determinó su asesinato en las inmediaciones de Carras, el 8 de abril del año 217 cuando al desmontar de su caballo para descansar fue asesinado con una daga por el soldado Marcial (*SHA*. 13. 6-7). No nos han llegado el conjunto de las causas que determinaron el golpe de estado encubierto, pero lo cierto es que durante el siglo III algunos de los emperadores fueron eliminados precisamente en el transcurso de la organización de campañas militares en Oriente y en consonancia con los problemas surgidos en relación con ellas que obligaron a los emperadores a renunciar a sus ofensivas de las cuales los soldados podían obtener donativos y botín. En el caso de Caracalla el beneficiario fue el prefecto Marco Opilio Macrino (217-218), un liberto nacido en Cesarea –Cherchel en Argelia– quien, a pesar de las suculentas pagas prometidas, acabó asesinado apenas unos meses después posiblemente por el incumplimiento de estas promesas al tener que comprar la paz a los reyes partos con fuertes sumas de dinero antes de abandonar Armenia y retirarse a Antioquía donde sus propias tropas se encargaron de darle muerte cuando intentaba huir de Oriente¹⁹.

Lo interesante del derrocamiento de Macrino es la utilidad que la dinastía contra la que se manifestó hizo de la realidad ya impuesta de contar con un apoyo

¹⁷ Las fuentes critican su visita a Troya con su amante para reproducir las ceremonias de Alejandro y otras extravagancias por las que los alejandrinos se reían de él, aunque en realidad ocultaban estrategias económicas y fiscales para mantener el ejército desplegado en el frente persa (Herodiano. IV. 3. 4; VI. 7; 8. 7; 9-10).

¹⁸ Sobre la inflación y los cambios en los pesos del metal en la moneda remito a López Sánchez (2019, pp. 125-130), Bravo (1989, p.210), López Barja-Lomas Salmonte (2004: 398405).

¹⁹ *SHA*. 15. 1. 1-5. Con su hijo Diadumeniano cuando intentaba huir por el Bósforo después de ser derrocados por las tropas de Heliogábalo (Campbell, 2008, p.127) y (Scott, 2015).

militar previo al consenso del senado para mantenerse en el poder. Una realidad bien manejada por las mujeres de la corte para la investidura de Sexto Vario Avito Basiano (218-222), conocido como Heliogábalo. Además de atribuirle sin razón la paternidad de Caracalla, su madre Julia Soemis y su abuela Julia Mesa mantuvieron la dinastía gracias a la corrupción afincada en todos los estratos del sistema²⁰. Su proclamación con 14 años en el relato muy ideológico y construido de la Historia Augusta, que lo llega a comparar con Nerón o Calígula, tuvo como principal causa el haber atraído la atención de los soldados –posiblemente a los altos mandos de la Legión III Gallica y en especial a los que protegían el santuario– cuando practicaba sus extravagantes ritos como sacerdote de Helios en Emesa (Homs en Siria en *SHA*. 17. 1. 1). Aunque el principal atractivo para los mandos legionarios era la fortuna personal de la familia que se ponía a su disposición para acabar con Macrino –que tenía el apoyo de la legión II Parthica en Antioquía– y preparar un motín a favor de Heligogábalo (*SHA*. 13.10. 1-4), precisamente un joven muy alejado del ideal de un emperador romano y que delegó el gobierno en el prefecto Comazón desde el primer momento. Debemos a Herodiano (V. 3. 8) la magnífica composición narrativa de una situación de evidente anomalía constitucional sobre un aspirante al imperio que desempeñaba sus funciones bailando y danzando en los altares y admirado por los soldados que lo frecuentaban por su hermosura, no por su capacidad para gobernar, y porque al menos algunos de ellos, probablemente los más poderosos, eran clientes y protegidos de Julia Mesa que les convenció de que Caracalla se había acostado con sus hijas cuando vivían en el palacio imperial. Pero la esencia de su relato lo podemos situar en la compra de voluntades por parte de la anciana:

Se decía que Mesa poseía una cuantiosa fortuna y que estaba dispuesta a entregarlo todo a los soldados si recuperaban el imperio para su familia. Los soldados convinieron en que, si Mesa y los suyos se presentaban en el campamento secretamente de noche, les abrirían las puertas, acogerían a toda la familia dentro y proclamarían emperador al hijo de Antonino. La anciana estuvo de acuerdo porque prefería arrostrar cualquier peligro antes que tener que vivir como un particular y pasar por desterrada. De noche, pues, secretamente salió de la ciudad con sus hijas y nietos. Con la escolta de los soldados que eran los protegidos de Mesa, llegaron a las puertas del campamento donde fueron recibidos sin el menor problema. Inmediatamente toda la guarnición aclamó al muchacho con el nombre de Antonino y, revistiéndolo el manto de púrpura, lo acogieron en el interior del campamento. Introdujeron luego todas sus provisiones y a sus hijos y esposas, que estaban en las aldeas y campos vecinos; cerraron las puertas y se prepararon para resistir un asedio si llegaba el caso (Herodiano, 1985).

El soporte militar en Oriente contaba con amplias redes de clientela y de influencia en los territorios de asentamiento legionario y con las suficientes fuerzas para derrotar a Macrino y sostener la considerada por las fuentes una vida excéntrica de Heliogábalo, aunque por poco tiempo. Aunque el discurso emitido sobre el emperador está viciado por la hipérbole narrativa, también es cierto que su forma de vida era para el senado de Roma la más alejada del *mos maiorum* y del comportamiento exigido a un emperador que se pudiera imaginar (Herodiano. V. 3. 7; *SHA*. 17. 1-4). Una razón suficiente. junto con su falta de interés por las campañas militares, para ponerlo en contra de los dos grupos principales de poder en la ciudad, los senadores y los pretorianos, que no veían con buenos ojos el gasto excesivo que realizaba del tesoro público en festejos y ceremonias religiosas consideradas como caprichos costosos ni la vida disoluta de un muchacho extravagante y poco dispuesto

²⁰ Atribuido el complot a su madre Soemis (Simiamira), sobrina de Julia Domna, la mujer de Septimio Severo (hija de Julia Mesa), y la propia Julia Mesa, a la que Macrino había expulsado de la corte. Mujeres bien estudiadas por Turton (1974).

a atender a sus razones²¹. Elio Lampridio (*SHA*. 17. 14-15) justifica su asesinato por la sucesión de un buen emperador, su pariente Alejandro Severo, elegido por él mismo para sucederlo –cuando todavía era un adolescente–, con un carácter supuestamente más manejable para los senadores y en cuya sombra las fuentes sitúan una vez más a las mujeres de la dinastía. Así se explica el que los pretorianos sorprendieran a Heliogábalo en los jardines de palacio preparando un concurso de aurigas y sin protección y lo ejecutaran en una letrina para finalmente arrojarlo a una cloaca y al Tíber condenándole a una muerte ominosa propia de quien, según la narración, se lo tenía ganado por no contar con el amor del pueblo, del senado y tampoco de los soldados. Estas últimas aseveraciones del autor establecen para este momento el principio de que la legalidad del mando imperial dependía también, y así se aceptaba, de la hasta entonces anomalía constitucional de ser investido primero por el ejército.

2. Corrupción y malversación de fondos en los pronunciamientos militares en las provincias

La larga duración del gobierno de Marco Aurelio Severo Alejandro (222-235) contaba con estas tutelas (Herodiano, V. 7-8; VI. 1,1-3; *SHA*.17. 34-35; 18. 1-52)²². Pero su muerte podemos considerarla el punto de inflexión a partir del cual el estamento militar se convirtió en el elemento principal para la elección de los emperadores salvo casos excepcionales. Pues el emperador cayó por el descontento bien dirigido de las tropas sometidas a una férrea disciplina y obligadas a renunciar a sus esclavos y concubinas en plena campaña persa, en un relato encubridor de los errores que cometió en el transcurso de la campaña. Entre ellos la retirada de Armenia y la rendición ante el potente ejército de Artajerjes que impedía a los soldados, muchos de ellos enfermos, acceder a un suculento botín procedente del saqueo de las ciudades comerciales del reino parto como ya ocurrió con Caracalla. Herodiano (VI. 5-9) retrata a un emperador enfermo de melancolía refugiado en su madre como un cobarde mientras ofrecía oro a los bárbaros del Danubio que hostigaban a sus tropas alentados por los partos en lugar de plantarles cara²³. La falta de expectativas acabó en su asesinato en Galia (*SHA*. 18. 59) donde la corrupción de los mandos del ejército y de los cargos provinciales tuvo un papel esencial.

El candidato destinado a sucederlo no pertenecía a la dinastía gobernante, tampoco al orden senatorial o a las aristocracias militares provinciales, sino que por su procedencia fue considerado un bárbaro y un tirano (Herodiano. VI. 8. 9; VII. 1.5; IX. 1-2). Décadas después Aurelio Víctor (*De caes.* 24. 9-11) repudiaba sus actos y los de sus sucesores como propios de gente que no estaba preparada para gobernar y era de origen marginal, es decir, lo que él consideraba la entrega del poder «incluso a los más viles por su nacimiento y su educación». Por ello Elio Lampridio (*SHA*. 18. 63-65), en un momento indeterminado del siglo IV, señalaba el periodo que se abrió en ese momento como aquél en el que se precipitaron sobre el imperio un buen número de candidatos sobre la mayoría de los cuales no existían biografías fiables –

²¹ Fue acusado de construir un templo a Helios, de introducir cultos orientales en Roma, de ceremonias religiosas desconocidas e impúdicas con bailarinas fenicias, de sacrificar hecatombes, de llevarse a Roma la estatua de Juno Celeste y la Piedra Negra de Cartago, de relacionarse sexualmente con las vestales al estilo de las hierofanías orientales, o con aurigas como Hierocles al que quiso nombrar César, de obligar a los senadores a llevar túnicas orientales de largas mangas y ejecutar a quienes se burlaban de ello y de vender los cargos públicos o concederlos a gente de mal vivir (Herodiano. V. 5. 1-10; VI. 1-10; *SHA*. 17. 8-11). Sobre el personaje (Turcan, 1985).

²² Era hijo de Julia Mamaea, hermana de Soemias en Orosio (VII. 18. 6-7) y Herodiano (V. 7. 5.)

²³ *SHA*.18. 53-59. La zona del pronunciamiento se atribuye en Maguncia donde estaba la Legión Décima Primigenia (Herodiano. VI. 5-9). Hay un discurso tendente a cargar la culpa a las mujeres de la dinastía y el episodio de la muerte recuerda mucho en su composición a la de Geta en los brazos de Julia Domna. Véase el análisis de Menéndez Arguín (2011, p.150).

orígenes desconocidos— porque las victorias les habían convertido en usurpadores — tiranos— y por ello sus hechos aparecían deformados, suprimidos o no investigados (11. 1. 1). Por su parte, Cayo Julio Vero Maximino el Tracio (235-238) está considerado en los documentos como de origen no conocido que gozaba del afecto de sus soldados por tener la misma rudeza y valentía con las que se había ganado su afecto y porque les había prometido suculentos donativos, además de perdonarles los castigos que tenían pendientes, después de levantarse en el Ilírico con las legiones de Panonia y Mesia. Es evidente que los cargos que había desarrollado en el ejército, entre ellos el de *praefectus tironibus* y *magister equitum* le dieron la oportunidad de ganarse a las tropas y consolidar definitivamente la falta de constitucionalidad y la irrupción en la vida política de personajes procedentes de las regiones del *Barbaricum*, tras el gobierno de tres emperadores acusados de estar dirigidos por las mujeres de su dinastía y de una debilidad impropia de gobernantes²⁴. Herodiano (VI. 8. 19) le atribuye progenitores procedentes del interior de Tracia y por lo tanto un temperamento sanguinario propio de su país y sus antepasados que le alejaban de la simpatía del senado y de la ciudadanía. Por su parte la Historia Augusta (19. 1. 1-5) especifica el origen alano de su madre Hababa y el godo de su padre Mica, que no gozaron por lo tanto de la ciudadanía romana, y denuncia ser el primer hombre que sin ser senador recibió el título de Augusto sin que mediara tampoco un decreto del senado. Precisamente Herodiano (VII. 1-2) especifica que se vio obligado por las tropas a dar el paso ante la negligencia del emperador legal y con amenazas de muerte. Incluso se le atribuye el haber sido pastor anteriormente y haber guiado en su juventud una banda de pastores, un recurso retórico utilizado por los autores romanos como sinónimo de grupos armados bárbaros, con la que probablemente se enrolaría en las legiones como tropas auxiliares antes de promocionarse a la ciudadanía e intentar borrar el recuerdo de su pasado. Aunque sabemos por la Historia Augusta (19. 4. 1-9) que fue un soldado fiel a Caracalla y que con la subida de Macrino al poder se retiró del ejército para ejercer de comerciante y establecer así buenas relaciones con los godos que le respaldaron después de que se volvió a incorporar a las legiones con Heliogábalo²⁵.

A la hora de describirlo, las fuentes recurren como harán habitualmente con los usurpadores al uso de hipérbolos para engrandecer los rasgos del personaje y establecer el estereotipo de un tirano en este siglo: un gran soldado pero mal emperador, de oscuro origen, de gran fuerza como un atleta, de dimensiones extremas, hasta ocho pies y seis dedos de altura, a quien le valía como anillo un brazalete de su mujer, capaz de luchar con varios hombres a la vez y de derribar caballos, desmesurado en la comida y la bebida y poco instruido ya que apenas conocía el latín, codicioso, asesino de inocentes y cruel con los senadores. Un estereotipo que recogerá más de dos siglos después Zósimo (I. 13. 1-4) dentro del relato de su puesta en marcha hacia Italia mientras Severo Alejandro estaba en el Rin donde se suicidó y murieron su madre Mamea y los dos prefectos que lo acompañaban. Además de incidir este autor en la malversación de los bienes públicos y la persecución de los deudores del fisco, en el intento de control de los impuestos que le habrían de permitir mantenerse en el poder:

²⁴ Del 235 hasta el 258 de la muerte de Galieno contamos con decenas de usurpadores, pero pocos gozaron del apoyo del senado como los Gordianos, Pupieno y Balbino y Valeriano. A partir del 258 se multiplicaron y de algunos apenas tenemos datos y hubo incluso quienes consiguieron independizar amplias zonas del Imperio como sucedió con el Imperio Gálico entre los años 260 y 274. Hekster (2008) ha analizado estas circunstancias.

²⁵ Los ataques a quien se consideró un traidor y tirano poco merecedor de ser Augusto están recogidos tanto en Herodiano (VII. 3. 1-12) como en la Historia Augusta (19. 1. 9) y en los autores más tardíos Eutropio (*Breviario* IX. 1. 1) y Aurelio Víctor (*De caes.* 25. 1-2) que repitieron el perfil establecido. Al respecto la obra de Dietz (1980).

Pues, de bajo nacimiento, tan pronto como se hizo con el mando empezó a exhibir, amparado en la libertad que le otorgaba el poder, las rudezas propias de su condición; a todos resultaba insoportable, ya que no solo se comportaba abusivamente con los dignatarios, sino que ejercía el gobierno con la mayor crueldad, mostrando consideración sólo hacia los delatores, especialmente hacia aquéllos que se dedicaban a denunciar como deudores de las arcas imperiales a ciudadanos apacibles. En su ansia de riquezas llegaba al punto de ejecutar sin juicio previo, y se apropiaba de cuanto era patrimonio de las ciudades, además de arrebatar también sus haciendas a los habitantes (Zósimo, 1992).

Los escasos tres años de su gobierno llevan a dudar sobre la extensión exacta de esta política, más aún si tenemos en cuenta que no llegó a entrar en Roma. Pero el afán de enrollar tropas mercenarias germanas y armenias y las pequeñas campañas militares al otro lado del limes en busca de botín -que le valieron los títulos de Sarmático y Dacio- pueden corroborar las acusaciones de las fuentes por la necesidad de mantener la fidelidad de sus apoyos. Como también las que recibió posteriormente como perseguidor de los cristianos (Orosio. VII. 19. 1) en posible referencia a la represión que llevó a cabo contra sus adversarios en el estado de guerra permanente en el que gobernó. También sobre los deudores fiscales y comerciantes judíos y cristianos y contra los soldados sediciosos que los documentos testimonian ya en la época de Macrino, quien crucificó a muchos de ellos como si fueran esclavos (SHA. 15. 12. 1)²⁶.

De acuerdo con el esquema general organizado por las fuentes de este siglo, el motín contra Maximiliano el Tracio provino principalmente de las tropas asentadas en el Monte Albano cuando se encaminaba a Roma, y tuvo como centro la ciudad de Aquileya donde fue asesinado junto a su hijo y potencial heredero, el 10 de mayo del año 238 cuando se encontraban en su tienda; tras lo cual sus cuerpos fueron arrojados como comida para los animales y sus cabezas enviadas a Roma clavadas en una pica²⁷. En el breve tiempo de su intento de gobierno los hechos se habían precipitado con el apoyo de la reacción senatorial (SHA. 19. 6-20) a la revuelta en Tuscum, en el norte de África, del anciano procónsul Marco Antonio Gordiano Semproniano y su hijo Gordiano II siguiendo los pasos de grupos de jóvenes libios en la región de Hadrumeto contra la política fiscal del *rationalis* de Cartago por orden de Maximino (Aurelio Víctor. *De caes.* 26; Eutropio. *Breviario.* 9. 2). Aunque la problemática se escapa del interés de este pequeño trabajo, los Gordianos fueron aceptados por el senado por su prestigio, sus orígenes, su enorme fortuna sus influencias en Roma y por los importantes cargos acumulados, razones suficientes para no ser incluidos en la categoría de tiranos por las fuentes²⁸. Como ocurrió también tras su rápida desaparición con el nombramiento en Roma de los senadores Marco Clodio Pupieno y Décimo Celio Calpurnio Balbino, a quienes el senado encomendó la empresa de evitar la llegada a Roma de Maximino el Tracio. Incluso a pesar del rechazo de la plebe que los asesinó cruelmente después de escasos seis meses de gobierno, al tiempo que se encumbraba como nuevo emperador al nieto de Gordiano en un último intento de mantener la constitucionalidad en la elección de la

²⁶ Sobre las persecuciones de los cristianos en el contexto militar, remito a los trabajos de Fernández Ubiña (2000), Sanz Serrano (2003, pp.151-180) y Kleinberg (2005). Algunas represiones pudieron tener su origen en la ruptura del juramento de fidelidad a los emperadores o la negativa a realizar rituales religiosos no aceptados. No obstante, la literatura hagiográfica lo interpreta siempre como un conflicto ideológico como comprobamos en Lactancio (*Sobre la muerte de los perseguidores.* 10. 1), Eusebio de Cesarea (*Vida de Constantino.* II. 21-33; VIII. 1-6; IX. 1-3; XII. 2. 4) y Tertuliano (*Apologético.* 41, 1).

²⁷ Herodiano. VII. 3-4; 8. 4. 9; SHA. 19. 13-30. Sobre la vida de Maximino véase Belleza (1964).

²⁸ El centro era Libia con Cartago. Capeliano en nombre de Maximino consiguió que Gordiano se suicidara y su hijo muriera en el asalto a Cartago (Zósimo. I. 3-14; SHA. 19. 14-15; Herodiano. VII. 9-1-4; 26, 3-5). Zósimo (I. 16. 1) aseguraba que murieron en una travesía cuando se dirigían desde Libia a Roma por causa de una violenta tempestad.

más alta magistratura del estado²⁹. Sin embargo, y a pesar de los intentos de los senadores romanos por recobrar el poder de los nombramientos, tampoco Marco Antonio Gordiano (238-244) consiguió mantenerse en el poder más de seis años sostenido por su suegro el prefecto Timesiteo y por la fortuna de su familia; antes de ser eliminado en Circesio junto al Eúfrates por el complot dirigido por un militar cuya figura fue desfigurada por las fuentes al incluirla en el modelo elaborado para definir a los usurpadores corruptos surgidos de las provincias fronterizas como Maximino el Tracio. Podemos considerar a Marco Fulvio Filipo, conocido como El Árabe (244-249), como el tirano homólogo de Maximino con grandes victorias militares a sus espaldas (*SHA*. 17. 1.1; Zósimo. I. 17. 2; Eutropio. *Breviario*. IX. 2. 3). Representado como de un origen poco claro, a pesar de que provenía de las aristocracias ecuestres de la Traconítida -una rica región comercial en la ruta de comercio entre Siria y el mundo persa- y de estar casado con una romana de prestigio a cuyas influencias debió en parte su acogida en Roma (Aurelio Víctor. *De caes.* 28-29). Dentro del estereotipo del bárbaro usurpador se le describe con ojos llamativos, facciones duras, arrogante, amigo de la soldadesca y traidor a su emperador, donde destaca el tópico del engaño y la mezquindad oriental aplicado al relato de su toma del poder basado en las acusaciones de malversación y de corrupción (*SHA*. 20. 29-30). Según las fuentes, Maximino se hizo con la voluntad de las tropas cuando Gordiano III organizaba su campaña persa y aprovechándose de la carestía de alimentos que sufrían los soldados. Zósimo (I. 18. 3) le atribuye en su condición de prefecto el proceder de un pueblo detestable, incitar a los soldados a la sublevación con abundante reparto de dinero y ordenar a los barcos de avituallamiento de las tropas asentadas en Carras y Nísibis avanzar hacia el interior del mar para provocar el hambre y la insurrección. En este personaje se evidencia con nitidez la vulnerabilidad de este colectivo ante situaciones extremas y en plena campaña militar, como también la facilidad con que los emperadores estaban expuestos a la traición y a la corrupción de sus cargos. En efecto, Filipo tenía en sus manos los mecanismos suficientes como para desviar las naves que portaban los alimentos para abastecer al ejército y prevaricar en su beneficio para organizar el complot contra Gordiano III cuando éste había decidido firmar la paz con Sapor I y renunciar a Armenia negando a su ejército la posibilidad de un botín (Zósimo, I. 18. 3).

En el conjunto del relato, que evidentemente tiene una fuerte carga de desprestigio por las artimañas de Filipo, se manifiesta de nuevo la fragilidad de los apoyos militares cuando estaba en juego su supervivencia o había alguien dispuesto a apostar más alto. Gordiano III fue la víctima que no garantizó al nuevo tirano un largo periodo de gobierno pese a sus apoyos. Pues autores como Köner (2002, pp.30-69) y De Blois (1978, pp.11-43) han demostrado sus orígenes de una familia ecuestre de prestigio donde su hermano, Julio Prisco, había tenido cargos importantes y Filipo había sido prefecto y *rector Orientis* entre otros cargos con Alejandro Severo y Gordiano III, sin olvidar la influencia de su esposa que llegó a ser comparada con las mujeres de la dinastía Severa³⁰. A pesar de estas evidencias y de la enorme fortuna que lo había encumbrado y le permitía gastar en continuos donativos a las tropas y en espectáculos públicos en las provincias y en Roma para atraerse a los romanos, además de celebrar los Juegos Seculares, una vez más las circunstancias del frente

²⁹ El prefecto Marco Clodio Pupieno que había ejercido el proconsulado en Bitinia, en Galia y el Ilírico y Décimo Celio Calvino Balbino de rango consular con cargos civiles en un buen número de provincias (*SHA*. 19 y 21; Herodiano. VII. 1-13). La plebe organizó un tumulto y se apoderó de las armas de los gladiadores y asesinaron a los emperadores durante la celebración de los Juegos Capitolinos donde los soldados los vejaron tirándolos de las barbas y pelos de las cejas y mutilaron sus cuerpos que arrojaron a la calle para su escarnio.

³⁰ Se la consideraba cristiana y recibió el título de Augusta y mater castrorum. Es evidente que su riqueza ayudó también al sostenimiento de fidelidades a su esposo durante su imperio. Estos autores consideran a Filipo como el primer emperador cristiano, como también Syvänne (2021, pp.148-150) basándose en autores posteriores al siglo IV como Zonaras. El relato completo en *SHA* (20. 1-29).

persa acabaron con su vida. El abandono de la guerra contra Sapor I y del gobierno de Oriente en manos de su hermano se debió al interés de ser reconocido lo antes posible en Roma cuando los aspirantes al Imperio resurgieron en las provincias: entre ellas, las legiones de Mesia apoyaron a Tiberio Claudio Pacatiano y las legiones de Siria a Marco Fulvio Rufo Jotapiano. Una vez más el argumento esgrimido por Zósimo (I. 20. 1) es el rechazo categórico de los provinciales a la ferocidad recaudatoria que Filipo había dejado en manos de su hermano Prisco, política fiscal que tenía su lógica en los pronunciamientos militares donde el poder solo se mantenía si se satisfacía a las tropas y en especial a sus mandos que no vieron con buenos ojos la renuncia al botín que el frente oriental les podía ofrecer.

La caída del emperador, junto con su hijo (Filipo II) destinado a ser el heredero de la dinastía, lo fue en el contexto de una batalla cerca de Verona en el año 249 que se inserta por sus características en el modelo retórico establecido para los tiranos y se relaciona con un nuevo complot inspirado por quien habría de sucederles, Cayo Mesio Quinto Trajano Decio (249-251). El personaje reproduce el estereotipo de un militar de prestigio afincado en la zona más dispuesta para las revueltas militares, que eran las provincias de Panonia y Mesia, donde había obtenido algunos éxitos luchando contra movimientos migratorios de pueblos extraliminales, principalmente godos, que habían hecho incursiones en las provincias griegas, y donde ejercía como *praesides*, es decir, controlaba también los fondos públicos. En su caso, la pervivencia en el poder de apenas tres años -habiéndose asociado al trono a su hijo Herenio Trusco que estaba encargado de la defensa del Ilírico (Aurelio Víctor. *De los césares*. 29,1)- y las condiciones de su muerte se salen del modelo hasta ahora analizado. El hecho de haber sido considerado como uno de los grandes perseguidores de cristianos (Orosio. VII. 20. 4) responde a un momento de fuerte presión fiscal por los conflictos en el Danubio y los preparativos para su defensa que lo obligaron a embarcarse en una confrontación bélica que le costó la vida en el campo de batalla en Abritto, ciudad fronteriza cercana al Mar Negro –*Forum Terebroni* en Mesia, la actual Razgrad en Bulgaria– cuando luchaba contra los carpos³¹.

No es este un lugar para analizar el verdadero alcance de la problemática con los bárbaros en el limes pero el vacío de poder y el impacto que produjo la primera muerte de un emperador en el campo de batalla por su causa, determinó una nueva serie de pronunciamientos militares como los de Treboniano Galo (251-253) y su hijo Volusiano, de origen senatorial, que asociaron al gobierno al hijo de Decio, y fueron asesinados por sus propias tropas, o la del gobernador de Panonia y Mesia Emiliano que duró tres meses antes de ser asesinado en Spoleto en plena guerra con quien habría de sucederle y morir en extrañas circunstancias (Zósimo. I. 25-28; Eutropio. *Breviario*. I. 5. 1). El superviviente, Publio Licinio Valeriano (253-260) que se había autoproclamado en la provincia de Recia apoyado por las tropas de Galia, no fue acusado de tiranía por su origen patricio y por los importantes cargos que ostentó con los emperadores precedentes, entre ellos varios consulados. Como candidato aceptado por el Senado, las circunstancias de la campaña contra Sapor I que le valieron las acusaciones de haber perseguido a los cristianos -en el contexto de la recluta de tropas y la recogida de impuestos (Orosio, VII. 22. 1-7)- y su cautiverio y muerte en la corte persa nos impiden especular sobre cuál hubiera sido su futuro de

³¹ Muerte por el castigo divino para Lactancio (*Sobre la muerte de los perseguidores*. 4). Jordanes (*Getica*. 89-90) sitúa en este preciso momento la llegada en migración de los legendarios reyes Cniva y Ostrogotha, ancestros de los posteriores ostrogodos, aunque Zósimo no los menciona (I. 27. 1) pero sí a los godos que llegaron hasta Antioquía de Siria, algunos en naves comerciales de los habitantes del Bósforo que colaboraron ante la crisis institucional de la época (Hekter, 2008, pp. 28-56).

haber sobrevivido a unas circunstancias que tiempo atrás había costado la vida a Severo Alejandro³².

Distinta fue la situación de su hijo Publio Licinio Egnacio Galieno 268 (253-258) a quien la Historia Augusta (23. 4) acusa del abandono de su padre, de ser un mal emperador, disoluto, cruel e inoperante ante el poderío persa con quien procuró mantener la paz, debido a las grandes catástrofes naturales y las invasiones de pueblos que su padre había intentado frenar³³. Es interesante comprobar como el discurso sobre su personalidad, adecuado de nuevo al de un tirano, se refuerza con la manera violenta en que acabó su vida, traicionado por los militares como los grandes usurpadores, a pesar de no haberlo sido, y en contrapunto a la muerte en batalla de Decio y el cautiverio de su padre Valeriano. Las acusaciones que recibe en los documentos sobre las reyertas fronterizas con las que pretendió conseguir botín para sus soldados, cuando el aparato fiscal era ya un gigante con las articulaciones muy débiles, se combinan con el desarrollo de una política de alianzas con sus vecinos –estuvo casado dos veces con mujeres bárbaras– a través de las cuales conseguía los alimentos y ayuda que necesitaba para sus tropas (Aurelio Víctor, *De caes.* I. 8. 1). A pesar de ello, la historiografía posterior (Orosio. VII. 22. 7-9) suele situar hiperbólicamente en los años entre Decio y Galieno la irrupción de movimientos migratorios que se dispersaron por el occidente imperial llegando hasta Hispania e incluye también las presiones de los persas sobre Mesopotamia y Siria y las guerras civiles que asolaban las provincias. De hecho, la Historia Augusta (24) fija en estos momentos un número elevado de aspirantes al trono (*Tyranni triginta*) en distintas partes del imperio, su escasa duración y el gran sufrimiento de los provinciales³⁴. Entre ellos el de M. Casiano Latinio Póstumo (260-269) que creó un estado independiente en la Galia, norte de Hispania y Britania apoyado por las aristocracias locales y los destacamentos militares allí asentados, con la justificación de estar en una situación desesperada, combatir los ataques piráticos y devolver la estabilidad a sus regiones, lo que no le evitó ser eliminado también en una revuelta³⁵. La secuencia de guerras civiles en número muy elevado, al antojo de los mandos de las distintas unidades, fue considerada décadas después por Aurelio Víctor (*De caes.* 33. 9-12) como el fruto de las aspiraciones de militares inútiles, avariciosos y sediciosos,

³² Para Lactancio (*De la muerte de los perseguidores.* 5) fue despellejado y su piel teñida de rojo colgada de un templo para recuerdo de la victoria persa sobre los romanos por levantar sus manos impías contra Dios. Zósimo (I. 36. 2) le consideró un mal militar que manchó el nombre de los romanos y Aurelio Víctor (*De caes.* 32. 5) señala que *murió horriblemente despedazado en el sexto año de su reinado*. El emperador está representado de pie en el famoso relieve de Naqsh-e Rostan (*CIL.* III. 18. 22) -cerca de Persépolis en la actual Irán- como prisionero de Sapor al lado de Filipo el Árabe que aparece arrodillado ante el monarca.

³³ El estereotipo lo asemeja a otros malos emperadores, acusado de aficiones excéntricas y placeres, de una refinada formación filosófica, de participar en las reuniones del Areópago como una extravagancia, o conceder protagonismo a las mujeres en su gobierno (Bray, 1997, pp. 20- 30) y (De Blois, 1976).

³⁴ Parece que todos estos hechos fueron coincidentes por la inestabilidad con el freno del suministro de grano por las revueltas campesinas en Sicilia y la pérdida de la provincia de Dacia. Algunos usurpadores mejor documentados fueron Ciriades, Macriano, Quieto, Herodes y Meonio en Oriente, Loliano en Galia, Regaliano y Aureolo en el Ilírico, Balista en Siria, Valente en Acaya, Pisón en Tesalia, Emiliano en Egipto, Trebeliano en Isaura, de Celso y Tito en África e Ingenuo en Panonia, todos ellos eliminados en guerras o a manos de los soldados (Le Bohec, 2017, p 488).

³⁵ Eutropio (*Breviario.* IX. 9. 1-3) justifica su levantamiento por lo desesperado de la situación. Fue asesinado por no permitir el saqueo en la ciudad *Mogontiacum* (Mainz) que se le había rebelado instigada por un tal Leliano, lo que impedía beneficiarse del botín a sus soldados. Le sucedió Mario que duró dos días y tras él Victorino, muerto en Colonia después de dos años. Según el relato de Orosio (VII. 22. 11), que como hispano recoge el buen recuerdo que había de él en las provincias occidentales, éste había gobernado con valor y moderación. Según Álvarez Jiménez (2007, pp. 7-35), desde su sede en Colonia supo ofrecer a la Galia -con la ayuda del usurpador Aureolo que dominaba en Milán- una larga época de paz, lo que le valió el título de *Restitutor Galliarum* y le permitió representarse en sus monedas con la figura de Neptuno en su reverso y la leyenda *Neptuno Reduci* en el anverso, como demostrativos de sus éxitos en el mar. Sobre el debate de la revuelta remito a Andreotti (1939), De Blois (1976) y Drinkwater (1987).

propensos a cometer fraudes y a aprovecharse del bienestar de los agricultores, y por la Historia Augusta como una época de constantes enfermedades y catástrofes naturales (*SHA*. 23. 6. 1-6; 24. 3).

A pesar de la mala prensa de Galieno, debemos al relato de su muerte una de las reflexiones más sugerentes sobre este siglo de turbulencias: las razones que permitieron la inclusión en la categoría de tiranos o usurpadores del poder a ciertos emperadores. El emperador, siguiendo la pauta marcada por las fuentes, murió como otros malos emperadores a causa de una conjura cuando intentaba acabar con el usurpador Aureolo cerca de Milán. Trebelio Polion explica su muerte durante un banquete en su tienda en el que participaron el prefecto del pretorio Heracliano y el gobernador de Dalmacia Cecropio, en connivencia el poder militar con el civil como era lo habitual en estos casos. Al hacerlo, este autor escenifica con claridad cómo un emperador podía pasar a la historia como ilegítimo si así lo consideraban sus enemigos que dominaban el discurso histórico, a pesar de contar con el apoyo de los soldados que le estaban agradecidos pero que podían ser acallados mediante la entrega de dinero (*SHA*. 23. 15. 1):

Después de morir Galieno se produjo una gran rebelión de los soldados, movidos por la esperanza de botines y de espolio público, decían para provocar el odio, que les había sido arrebatado un emperador útil e indispensable para ellos, y al mismo tiempo poderoso y competente. Por esta causa, se llevó a cabo una reunión de los principales jefes, para que calmasen a los soldados de Galieno de aquella manera con la que suelen ser aplacados. Entonces, después de que Marciano les prometiera y ellos aceptaran veinte áureos para cada uno (pues tenía a su disposición abundancia de tesoros), los soldados, por propia iniciativa, hicieron que Galieno apareciera en los fastos como un usurpador. Así, aplacados los soldados, Claudio, hombre venerable y justamente respetado, querido por todos los hombres buenos, amigo de la patria, amigo de las leyes, grato al senado y muy reconocido por el pueblo, recibió el poder imperial³⁶.

El texto ratifica lo aleatorio de la inclusión en la categoría de tirano y la dicotomía entre los emperadores enfatizando las virtudes de su sucesor Claudio, a pesar de haber participado en la intriga y utilizado posiblemente los fondos del erario militar para comprar a los mandos del ejército. Aún así Marco Aurelio Claudio (Claudio II el Gótico, 268-270), a pesar de su aceptación inmediata en los ambientes senatoriales se puede incluir en el estereotipo del emperador soldado en la Historia Augusta (*SHA*. 25. 1-4): con una fuerza capaz de arrancar los testículos a un contrincante, aficionado a participar en las comidas y los juegos de la soldadesca y de un valor y capacidad inusitada como para en sus escasos años de gobierno ser capaz de frenar las presiones de los godos en el limes, lo que le valió la denominación de «El Gótico» –tras la victoria de *Naissus*– al que no tardaría en añadir los de Germánico –por su lucha contra los alamanes y vándalos entre otros– y Pártico, en este caso sin conocerse éxitos justificados. Aunque la Historia Augusta (25. 7-9), consciente probablemente de la exageración de los datos, se cura en salud al añadir que los encontró en las cartas que el emperador mandaba al Senado directamente sobre sus logros militares. Sin embargo, al igual que Decio o Aureliano, las circunstancias adversas, esta vez la peste, le libraron de ser asesinado por sus soldados, aunque no así su hermano Quintilio para evitar la continuidad dinástica (Zósimo. I. 31. 1).

La última década hasta el advenimiento de Diocleciano no se aparta del modelo elaborado por la propaganda senatorial para apenas 50 años durante los cuales los cambios en el uso constitucional eran ya muy evidentes. Los documentos no aclaran el papel que pudo tener Lucio Domicio Aureliano (270-275), que también procedía del Ilírico, en la desaparición de los partidarios de Claudio, aunque le eximan de la sospecha.

³⁶ Historia Augusta, Traducción de Vicente Picón y Antonio Gascón (1989). Akal.

Pero los éxitos conseguidos en los cinco años de gobierno de este emperador empañaron probablemente cualquier tipo de dudas al respecto. Los investigadores coinciden en aceptar su capacidad para controlar a los mandos del ejército y a los gobernadores civiles³⁷, aunque el principal informante, Flavio Vopisco Siracusano (*SHA*. 25. 1-50) admitiera que sólo encontró fuentes griegas en las mejores bibliotecas cuando se propuso escribir sobre su vida. La ejecución de algunos encargados de acuñar moneda (Aurelio Víctor, *De caes.*35. 1-3) y los castigos a los soldados que robaban habitualmente alimentos a los provinciales retratan problemas en el suministro de la *annona* y de falta de pago de los estipendios en el frente; problemas que intentó solucionar exigiendo a sus tropas cubrir sus necesidades con la rapiña del territorio de los bárbaros y no con «las lágrimas de los habitantes de las provincias» en clara alusión a los abusos en la recogida de los impuestos y las extorsiones sobre las poblaciones civiles. Al mismo tiempo que aconsejaba no malgastar las pagas en las tabernas o en comprar ropas y caballos a los comerciantes (*SHA*. 26. 15-17). Fueran o no ciertos estos consejos, lo que intentaba retransmitir el autor de la *Historia Augusta* era que la solución a los problemas estaba en la guerra y en el saqueo de los enemigos. Lo que en parte explica la organización de importantes acciones militares en la frontera renano-danubiana contra marcomanos y godos -que además le reportaron los títulos de Germánico y Gótico- pero esencialmente sus victorias contra los nabateos de Zenobia y los partos en el año 272 (Orosio. VII. 23. 3-6) con las que logró el título de *Partico Máximo*³⁸. Las riquezas obtenidas evitaron el descontento entre sus tropas y para comprenderlo basta recurrir a la narración de la ceremonia del triunfo donde se exhibieron parte de ellas y al dispendio en la organización de fiestas conmemorativas en las principales ciudades de Oriente como Antioquía³⁹. La exposición de solo una parte de ellas puede hacernos imaginar que los soldados bajos sus órdenes, y en especial sus mandos, obtuvieron importantes beneficios de las campañas, aunque otra parte se fundió en actividades militares en el norte de África y sofocar la rebelión de alguna de sus tribus⁴⁰ y en la recuperación de la Galia bajo el mando en este momento de Tétrico⁴¹.

Pese a los esfuerzos militares y la apología que desarrolla sobre su buen gobierno Flavio Vopisco Siracusano (*SHA*. 26. 1-46), Aureliano no escapó a la venganza de sus soldados y fue asesinado en el año 275 en una villa imperial situada en Tracia

³⁷ Watson (1999, pp. 50-90) y White (2005).

³⁸ Se acusa a los godos de haber realizado saqueos en las ciudades de Milán, Placencia y Pavia en el año 271 según la obra en parte perdida de Dexippo de la que se conservan fragmentos y que fue utilizada por historiadores posteriores (Scythica. 50). Respecto al reino nabateo, había sido aliado de los romanos bajo el reinado de Odeonato por los intereses comerciales que les unían para dar salida a los productos de Arabia y de la India sin tener que contar con los reyes partos. (Eutropio. *Breviario*. IX. 8. 2; *SHA*. 23. 12). Tras la muerte del rey tomó el mando su viuda Zenobia de Palmira que rompió las alianzas e inició una política de soberanía en la zona que arrebató beneficios fiscales y comerciales a Roma, todavía más cuando dominó Egipto, Siria y Galacia en Asia Menor (Bowersock, 1983; Hoyland, 2001; Riwinsbury, 2010). Aunque desde el año 272 el representante de Roma en Alejandría, Vaballato, actuaba con total independencia del imperio como ha resaltado Watson (1999, pp.70-90).

³⁹ En la ceremonia se exhibió a Zenobia como una reina bárbara vencida encadenada montada en un dromedario. Pero se le concedió el privilegio de vivir en Italia en libertad vigilada con su familia (Eutropio. *Breviario*. IX. 13. 2). Aunque Zósimo (I. 59) recoge la versión de que murió de enfermedad o se negó a comer y que el resto, salvo el hijo de la reina, fueron arrojados al mar entre otras versiones que corrieron. La *Historia Augusta* (26. 33-34) señala la exposición en la ceremonia de los carros de Zenobia y su esposo labrados con piedras preciosas y oro, el que les regaló el rey sasánida y otros regalos, además de exhibirse un gran número de animales exóticos y prisioneros, entre ellos un grupo de amazonas y las coronas de oro de las ciudades sometidas.

⁴⁰ Una confederación de varias tribus africanas como los Nesimios, Bacalios, Zegrenses, Bavarum o los Baqatas, que incluso en un pequeño número llegaron por mar hasta la Bética. Al respecto remito a la edición de Khanoussi, Ruggeri y Vismara (con importantes estudios de Troussset, Rhorfi, Gebbia y Kuhof, 1999).

⁴¹ La victoria se dirimió en un encuentro en Châlons-sur Marne en el año 274 tras el que se pactó una rendición que permitió a Tétrico conservar la vida y obtener el cargo de *corrector* para el sur de Italia (*SHA*. 26. 44. 3-5). Relacionado con sus actividades militares debemos contemplar su reforma monetaria (López Sánchez, 2019, pp.140-150).

(Cenofrurio) durante la organización de la campaña persa tras la muerte de Sapor I. Para explicarlo, este autor le acusa de una extrema rigidez en su gobierno –sin la que, por otra parte, no hubiera podido obtener sus éxitos militares– y de ser un emperador sanguinario que eliminó a todo el que le sobraba, incluso a su sobrina, lo que provocó el rechazo de los suyos encabezados por su secretario Menesteo. Por lo tanto, aleja la sospecha de corrupción en el estamento militar para derivarla al ámbito doméstico, a un ambiente de intrigas palaciegas, de amigos perversos, de servidores execrables, de eunucos codiciosos y de cortesanos necios, para terminar por sentenciar que Valeriano no se le podía incluir ni entre los emperadores malos ni entre los buenos porque pese a sus victorias le faltó la clemencia. El vacío de poder sin embargo denuncia mayor complejidad en su muerte y en la búsqueda de un sucesor, especialmente algo que estaba ya claro en esta época, la confrontación entre los intereses senatoriales y los militares que durante décadas habían medido sus respectivas fuerzas, ya que la Historia Augusta (*SHA*. 26. 40. 1-3) considera éste un momento en que «los senadores sabían bien que el ejército no reconoce con gusto sino a aquellos emperadores que ellos mismos han elegido». De ahí el fracaso de la elección del anciano senador Marco Antonio Tácito (275-276) quien, a pesar de intentar eludir el cargo, finalmente optó por la distribución de su fortuna entre los soldados sin librarse de ser eliminado unas semanas después en Capadocia, asesinado según Zósimo (1. 63. 2), según otras fuentes de enfermedad y muy a pesar de que los senadores esgrimiesen el argumento de que el gobierno de los mayores podía evitar la tiranía de los jóvenes (Orosio. VII. 24; *SHA*. 27. 5-6).

Los acuerdos entre ambos estamentos desembocaron en la elección de uno de los emperadores mejor valorados por la Historia Augusta porque los romanos volvieron a disfrutar de una total seguridad, a pesar de que admite la fuente la falta de historiadores de quienes informarse entre los documentos de las bibliotecas Ulpia, de las termas de Diocleciano, de la casa de Tiberio y de las actas del Senado (27. 16. 1; 28. 12-13). El discurso general elaborado sobre Aurelio Valerio Probo (276-282), un hombre oriundo de Panonia como algunos de sus predecesores, nacido en Sirmio (Sremka Mitrobica) y descendiente de militares sin gran relevancia social le atribuye, para compensar con razón o sin ella su pertenencia a la gens Claudia, a pesar de que su descripción física se adapta a la del usurpador militar según el modelo ya pautado. Aunque esta vez sin que se le acuse de traicionar a su predecesor pues había sido uno de los grandes apoyos de Aureliano, a cuyas órdenes había luchado en Germania, en Egipto y Libia, y de quien había recibido suntuosos regalos: entre otros de gran valor, cien antoninianos de oro, mil aurelianos de plata, diez mil filipeos de bronce más gran cantidad de comida, quién sabe si para evitar con ello el peligro que pudiera suponer su influencia sobre la soldadesca (*SHA*. 28. 1).

El relato de la promoción de este militar de cualidades bien reconocidas y con quien cierro mis reflexiones, es un ejemplo de las estrategias de los aspirantes al trono para pronunciarse con éxito. Primero la protección a los soldados frente a los abusos de Aureliano, el poner en sus manos abundante botín gracias a sus victorias y, finalmente, la ausencia de una traición al cargar la culpa sobre las tropas en la muerte de su predecesor Tácito, previamente arengadas por sus tribunus. De acuerdo con ello, se le ofreció el manto que quitaron a una estatua de un templo y la corona a pesar de sus continuas negativas que esgrimió después en las cartas que envió al prefecto del pretorio y al Senado de quien esperaba ser ratificado mediante un decreto. Su candidatura además llegaba avalada por sus victorias sobre diversos enemigos –se incluyen los marmáridas africanos, los francos, los alamanes, los sármatas, los godos y hasta los persas–, a cuyos reyes había eliminado y que le valieron entre otros el título de *Germanicus Maximus* (*SHA*. 28. 10-12; Zósimo. I. 67-68).

El consenso entre los dos órdenes, el senatorial y el ecuestre, fue admirado en las fuentes posteriores como Aurelio Víctor (*De Caes.* 37. 1-10) que lo llega a comparar con Aníbal y admirar por la disciplina que había impuesto a sus legiones, a las que obligó a plantar olivos en el norte de África, en un relato que ofrece la figura de un emperador eficiente preocupado por la prosperidad de las provincias y el bienestar de su ejército. El mismo sentido ofrece la retórica documental de la conversión de sus enemigos extraliminales en colonos que cultivaban los campos romanos a cambio del pago de tasas, llenaban los graneros y ponían sus bueyes para el disfrute de los ciudadanos, al tiempo que sus hombres engrosaban la caballería del ejército (*SHA.* 28. 14-15), primer testimonio claro de un fenómeno que en el siglo IV será una constante. Finalmente, Probo no descuidó el mantener en activo a sus soldados al recuperar las ciudades galas que anteriormente Tétrico había entregado a la vigilancia de sus federados o en incursiones periódicas al otro lado del Rin -con el sometimiento de hasta nueve reyes- que les procuraban un cuantioso botín que evitaba el descontento y en las que prometía a sus soldados una moneda de oro por cada cabeza de un bárbaro. Fuera de la hipérbole aplicada a los hechos, las campañas en el limes o contra los isaurios en Asia Menor mantuvieron la esperanza de enriquecimiento en sus tropas, aunque el emperador tuvo que hacer frente a nuevos potenciales usurpadores que detrajeron parte del tesoro público de su control y no pudo organizar una campaña digna contra los partos, a pesar del autobombo de sus cartas en las que se jactaba de haber rechazado regalos de Narsés y de haberle atemorizado con sus amenazas antes de firmar la paz⁴².

A pesar del relato magnificado de un emperador triunfante en todos los rincones de su imperio, Flavio Vopisco Siracusano destaca como reflexión propia, aunque atribuida a su admirado gobernante, la añoranza de una edad de oro como utopía perdida por los tristes sucesos de las últimas décadas (*SHA.* 28, 23.1-4):

Ningún habitante de las provincias tendría que tributar para el avituallamiento, no se pagaría ninguna soldada extrayéndola de los donativos públicos, la república romana dispondría de tesoros inagotables, el emperador no realizaría ningún gasto y los propietarios no pagarían impuesto alguno: ciertamente, Probo prometía un siglo de oro. No habría en adelante campamentos, en ninguna parte se oiría el clarín de guerra, no se fabricarían ya armas, este pueblo de guerreros, que ahora trastorna la república con guerras civiles, se dedicaría a labrar la tierra, se entregaría al estudio, se instruiría en las artes y se ejercitaría en la navegación. Añade a todo esto que nadie moriría en la guerra⁴³.

En el texto, se sintetiza la relación entre el aparato fiscal, la paga y mantenimiento de los soldados, el agotamiento del tesoro público, la falta de mano de obra para trabajar los campos, las guerras civiles y la corrupción institucional como hemos venido comprobando en los casos particulares. Es decir, el contraste con la realidad en que vivían los romanos, especialmente en las provincias periféricas y limítrofes.

La paradoja se encuentra en la narración estereotipada y distópica de su muerte, ésta lamentada por los senadores y ocurrida como consecuencia de la revuelta de sus soldados en Sirmio que lo acosaron y asesinaron en una torre defensiva y guarnecida con hierro que había mandado construir. Su desaparición cierra el ciclo de más de cincuenta años de pronunciamientos militares desde que sucediera el de Maximino el Tracio y se enmarca en los momentos finales del periodo

⁴² Los Isaurios eran considerados como bandidos en la zona del Tauro en Asia Menor (Panfilia y Licia), a cuyos habitantes castigó y se apoderó de sus tierras (Zósimo. I 69; Amiano Marcelino. 14. 2. 1). Algunos intentos de rebelión fueron los de Julio Saturnino en Siria, Próculo en los Alpes, Bonoso, un descendiente de hispanos en Galia, y otro de nombre desconocido en Britania (*SHA.* 29.1; Zosimo. I. 65, 2).

⁴³ Historia Augusta, Traducción de Vicente Picón y Antonio Gascón. (1989). Akal.

abarcado por la Historia Augusta (28-30). En ella se lamenta el gobierno de su sucesor Marco Aurelio Caro (282-84), de quien se desconocían sus orígenes, y a quien considera la antítesis de Probo en sus costumbres y las de sus hijos Carino, al que asoció a su gobierno en Occidente, y Numeriano en Oriente. La escasa duración del mandato de los respectivos emperadores aparece considerada como una situación deplorable atribuida de nuevo a los soldados que asesinaron a Caro en su tienda durante la campaña persa, y en especial a Numeriano que a pesar de su juventud gozaba de buena prensa y fue eliminado en Bitinia según Flavio Vopisco Siracusano (*SHA*. 30. 5-11). El autor nos devuelve a las intrigas dirigidas por prefectos en los asesinatos de Caro y Numeriano, con acusaciones veladas a Apro quien, en un relato novelesco ocultó el cadáver de este último en una litera, aunque el mal olor lo delató⁴⁴. Respecto al superviviente Carino, se le incluye en la lista de los emperadores malvados, corruptos y adúlteros de los últimos tiempos, con el que se pone el broche final en el relato copiado por las fuentes posteriores (30. 15-2).

3. Reflexiones finales

El discurso construido para la muerte de Numeriano por orden del prefecto Apro y de Carino en Oriente apenas se aparta en sus características del estereotipo general elaborado por Herodiano y la Historia Augusta para definir el siglo III: Pronunciamientos violentos, guerras internas, malversación de los tesoros provinciales, presión fiscal, depredación de los espacios exteriores para beneficiarse del botín de guerra y corrupción de mandos civiles y militares. Podríamos asegurar que se trazó un modelo en el que se intentó encajar las singularidades de las distintas usurpaciones o tiranías de acuerdo con los intereses de una aristocracia patricia que evitó incluir a personajes candidatos senatoriales que alcanzaron el poder por los mismos medios. Con las mismas bases, como veíamos en el caso de Galieno, se manipularon los documentos y las voluntades para convertir a un miembro de una dinastía consolidada en un tirano a pesar de haber llegado al poder por los medios legales. No obstante, la realidad de la inestabilidad política y militar en el siglo III es una evidencia incuestionable que se frenó, aunque solo en parte, en el siglo IV con la consolidación de sólidas dinastías como la Constantiniana y la Teodosiana. Por lo que respecta a la crítica subjetiva de las fuentes utilizadas en este trabajo, y en especial para los Escritores de la Historia Antigua, la narración con grandes rasgos de veracidad en el fondo de los procesos ocurridos en el siglo III -que no tanto en la forma sesgada de narrarlos por el enjuiciamiento de los hechos con unos principios conservadores y partidistas-, cobra sentido en su manifestación final. Podemos defender como tal la exaltación del personaje que sirve de contrapunto a todos los malos emperadores militares: el soldado Diocles, nacido en el Ilírico –en Salona, Dalmacia–, de extracción social baja de origen ecuestre, promocionado por los emperadores precedentes gracias a sus servicios en el ejército, entre ellos *magister equitum* con Caro, que en el año 285 habría de devolver al estado el orden que había perdido y con cuyas reformas he iniciado mis reflexiones.

En las fuentes primarias y en la propaganda heredada por las posteriores la historia convulsa del siglo III terminaba con este militar glorioso capaz de eliminar al traidor y asesino Apro en Nicomedia con su propia espada y al disoluto Carino en la batalla de Margo (Moravia) en Mesia, la provincia a la que debía su reputación (*SHA*. 30, 12-15). Diocles, más tarde Diocleciano, se presentaba como el hombre capaz de aunar los intereses del estamento senatorial y ecuestre, a pesar de haber llegado al poder tras una guerra civil y de haber sido elegido por los soldados orientales (*SHA*, 30, 18,4-5). El fundador de una Tetrarquía de gobernantes considerados piadosos,

⁴⁴ *SHA*. 30. 12 y Aurelio Víctor, *De Caes.* 38. 7-8. Sobre la problemática, Southern (2007); Szidat (2018); Omissi (2018).

benignos, generosos, mesurados y respetuosos con el senado; aunque Flavio Vopisco Siracusano se cubría las espaldas una vez más al señalar que los datos provenían del secretario de Diocleciano y avisaba sobre la imposibilidad de narrar la vida de los príncipes vivos todavía sin exponerse a la censura. Al manifestarlo, el *Scriptor* de la Historia Antigua conocía el fracaso de los intentos de reforma del nuevo sistema político –presentado al comienzo de este estudio– que no había conseguido acabar con los enfrentamientos entre candidatos al imperio, todos ellos surgidos de los ambientes castrenses –como Constantino, Majencio o Licinio–, ni con la malversación y la corrupción de los cargos provinciales y estatales sin las que los aspirantes no podían alcanzar los objetivos trazados. En los albores del siglo IV la utopía del emperador Probo seguía siendo un sueño irrealizable⁴⁵.

Bibliografía

- Álvarez Jimenez, D. (2007). Neptunus Redux. Póstumo y el combate contra la piratería franca en el amanecer del Imperio Gálico. *Aquila Legionis*, 9, 7-35.
- Álvarez Jiménez, D. (2018). *Panem et circenses. Una historia de Roma a través del circo*. Alianza.
- Andreotti, R. (1939). *L'usurpatore Postumo nel regno di Galieno*. Università di Padova.
- Aparicio, A. (2006). *Las grandes reformas fiscales del Imperio romano*. Universidad de Oviedo.
- Aurelio V. (2008). *Liber de Caesaribus* (Falqué, E., Trad.). Gredos.
- Barceló, P. (2022). *El siglo más largo de Roma. Una mirada a la vida y la época del emperador Contancio II*. Alianza.
- Barnes, T. (2014). *Constantine. Dynasty, Religion and Power in the Later Roman Empire*. Wiley Blackwell.
- Barnes, T. D. (1982). *The New Empire of Diocletian and Constantine*. Harvard University Press.
- Bellezza, A. (1964). *Massimino il Trace*. Fratelli Pagano.
- Birley, R. (1999). *Septimius Severus. The African emperor*. Routledge (Trad. en Gredos, 2012).
- Bleicken, J. (1978). *Prinzipat und Dominat. Gedanken zur Periodisierung der römischen Kaiserzeit*. Steiner.
- Boek, A. (2008). *Taxation in the Later Roman Empire*. Leiden University. En E. Tengström (Ed.), *Bread for the people. Studies of the corn supply of Rome during the Late Empire*. Paul Amstrong Vorlag.
- Boschung, D. y W. Eck, W. (2006). *Die Tetrarchie. Ein neues Regierungssystem und seine mediale Präsentation*. Ludwig Reicher Verlag.
- Bowersock, G. W. (1983). *Roman Arabia*. Harvard University Press.
- Bravo, H. (1989). *Poder político y desarrollo social en la Roma antigua*. Taurus.
- Bray, J. (1997). *Gallienus: A study in reformist and sexual politics*. Wakefield press.
- Breeze, D. J y Dobson, B. (1993). *Roman Officers and Frontiers*. Franz Steiner Verlag.
- Callu, J.P. (1969). *La politique monétaire des 238 à empereurs romains de 311*. E. de Broccard.
- Campbell, J. B. (2008). The Severan Dinast en *The Cambridge Ancient History, Second Edition, vol. XII The Crisis of Empire*. Cambridge Universty Press.
- Carlà-Uhink, F. (2019), *Diocleziano*. Il Mulino.

⁴⁵ Sobre los pormenores de los enfrentamientos y las bases ideológicas del relato del encumbramiento de Constantino, la literatura es inabarcable, sugiero las obras de Barnes (2014) y especialmente de Barceló (2022, pp. 403-410)

- Carroll, M. (2001). *Romans, Celts and Germans. The German Provinces of Rome*. Tempus.
- Chastagnol, A. (1997). *L'évolution politique, sociale et économique du monde romain de Dioclétien à Julien*. CDU Sedes.
- Christie, N. (2011). *The Fall of the Western Roman Empire. An archaeological and historical perspective*, Bloomsbury Academic.
- Chrysos E. (2003). Empire, the *gentes* and the *regna*. En Regna et Gentes, H. W Goetz, J. Jarnut y W. Pohl (Eds.), *The relationship between Late Antiquity and Early Medieval Peoples and Kingdoms and the transformation of the Roman World* (13-21). Brill.
- Corcoran, S. (1996). *The empire of the Tetrachs: imperial pronouncements and government, AD 284-324. Oxford classical monographs*. Clarendon Press.
- Creighton, J. D y Wilson, R. J. A (1999). *Roman Germany: Studies in cultural interaction. JRA, sup. 32*. Michigan University.
- Daguet-Gagei, A. (2000). *Septime Sévère. Rome, l'Afrique et l'Orient*. Payot.
- Dando-Collins, S. (2012). *Legiones de Roma: la historia definitiva de todas las legiones imperiales romanas*. La Esfera de los libros.
- De Blois, L. (1976). *The Policy of the Emperor Gallienus*. Brill.
- De Blois, L. (1978). *The reign of the Emperor Philip the Arabian*. Free University Talanta.
- Delmaire, R. (1995). *Les Institutions du Bas Empire romain, de Constantin à Justinien, I. Les Instituions civiles palatines*. Éditions du cerf.
- Depeyrot, G. (1996). *Crisis e inflación entre la Antigüedad y la Edad Media*. Crítica.
- Dietz, K. (1980). *Senatus contra principem, Untersuchungen zur senatorischen Opposition gegen Kaiser Maximinus Thrax*, Beck.
- Dixon, K. R. (2018). *El ejército romano del Bajo Imperio*. Desperta Ferro Ediciones.
- Drinkwater, J. F. (1984). Peasants and *Bagaudae* in Roman Gaul. *EMC*, 28, 349-371.
- Drinkwater, J. F. (1987). *The Gallic Empire. Separatism and continuity in the north-western provinces of the Roman Empire AD 260-275*. Historia Einzelschriften, 52, Stuttgart Franz Steiner Verlag.
- Drinkwater, J. F. (2007). *The Alamanni and Rome 213-496. Caracalla to Clovis*. Oxford university press.
- Fernández Ubiña, J. (2000). *Cristianos y militares. La Iglesia antigua ante el ejército y la guerra*. Universidad de Granada.
- Forni, G. (1992). *Esercito e marina di Roma Antica*. Franz Steiner Verlag.
- Garnsey, P. y Whittaker, C. R. (1983). *Trade and Famine in the Graeco-Roman World*. Cambridge Philological Society.
- Goldsworthy A. y I. Haynes. I. (1999). *The Roman army as a Community. JRA, supp. 34*. Cambridge University Press.
- Godsworthy, A. (2005). *El ejército romano*. Akal
- González García, A. (2011). La inflación en el Imperio romano de Diocleciano a Teodosio, *Documenta & Instrumenta*, 9, 123-152S.
- Hebblewhite, M. (2017). *The Emperor and the Army in the Later Roman Empire AD 235-395*. Routledge.
- Hekster, O. (2008). *Rome and its Empire, ADE 193-284*. Edinburg University Press.
- Herodiano. (1985). *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio*. (Torres J. J. Trad.). Gredos.
- Hidalgo de la Vega, M. J. (2012). *Las emperatrices romanas. Sueños de púrpura y poder oculto*. Ediciones Universidad de Salamanca.
- Hoyland, R. G. (2001). *Arabia and the Arabs from the Bronze Age to the coming of the Islam*, Routledge.
- Khanoussi, M.-Ruggeri, P.-C-Vismara, C. (2004). *Ai confini dell'Impero: contatti, scambi, conflitti*. Carocci.
- Kleinberg, A. (2005). *Histoires de saints, leur rôle dans la conformation de l'Occident*. Éditions Gallimard.

- Kolb, F. (1987). *Diocletian und die erste Tetrarchie*. Walter de Gruyter.
- Köner, Ch. (2002). *Philippus Arabs. Ein Soldatenkaiser in der Tradition des antoninisch-severischen Prinzipats*. Walter de Gruyter.
- Le Bohec, Y. y Wolf, C. (2004). *L'armée romaine de Dioclétien à Valentinien I*. De Boccard.
- Le Bohec, Y. (2017). *Histoire des guerres romaines*. Tallandier.
- López Barja de Quiroga, P y Lomas Salmonte, F. J. (2004). *Historia de Roma*. Akal.
- López Sánchez, F. (2019). *La moneda en la Antigüedad*. Síntesis.
- Luttwak, E. N. (1976). *The Grand Strategy of the Roman Empire: From the First Century A.D. to the Third*. Johns Hopkins University Press.
- Menéndez Arguín, A. R. (2011). *El ejército romano en campaña de Septimio Severo a Docleciano, (193-305 D.C.)*. Universidad de Sevilla.
- Octavian Bounegru, O. y Zahariade, M. (1996). *Les Forces Navales du Bas Danube et de la Mer Noire aux Ier-Vler siècles*. Oxbow Books 1996.
- Omissi, A. (2018). *Emperors and usurpers in the Later Roman Empire Civil War. Panegyric and the Construction of Legitimacy*. Oxford University Press.
- Pardo, J. (2001). *Aureliano: el emperador que se hizo llamar dios*. Temas de hoy.
- Paschoud, F. y Szidat, J. (1997). *Usurpationen in der Spätantike*. Franz Steiner Verlag.
- Perea Yébenes, S. (2015). Los severos en Oriente y su programa colonial, a propósito de Ulpiano. Digesto, 50, 15, 1. En G. Bravo y R. González Salinero (Eds.), *Poder central y poder local: dos realidades paralelas en la órbita política romana (203-234)*. Signifer.
- Rees, R. (2004). *Diocletian and the Tetrarchy*. Edinburgh University Press.
- Rémy, B. (1998). *Diocletien et la tétrarchie*. Presses Universitaires de France.
- Rodríguez González, J. (2003). *Historia de Las Legiones Romanas*. Almena.
- Rodríguez Plaza, M. (2008). Politeísmo y corrupción: Corrupción en los templos paganos. En G. R. Bravo y R. González Salinero (Eds.), *La Corrupción en el mundo romano (229-245)*. Signifer.
- Sanz Serrano, R. (2003). *Paganos, adivinos y magos. Análisis del cambio religioso en la Hispania Tardoantigua*. Universidad Complutense.
- Scott, A. G. (2015). *Cassius Dio, Caracalla and the Senate*. Walter de Gruyter.
- Serrano Madroñal, R. (2016). ¿Crisis social en el Bajo Imperio romano?: El derecho como herramienta de reconducción estatal. En G. R. Bravo y R. González Salinero (Eds.), *Crisis en Roma y soluciones desde el poder (393-404)*. Signifer.
- Seston, W. (1980). Du Comitatus de Dioclétien aux Comitatuses de Constantin, *Publications de l'École Française de Rome*, 43, 483-495.
- Seston, W. (1946). *Dioclétien et la Tétrarchie*. E. de Boccard.
- Southern, P. (2007). *The Roman Army: A Social and Institutional History*. Oxford University Press.
- Stelten, L. F. (1990). *Epítome Rei Militaris*. *American University Studies*, XVII. vol. 11.
- Syvänne, I. (2021). *Gordian III and Philip the Arab. The Roman Empire at a Crossroads*. Pen & Sword Books.
- Tengström, E. (1974). *Bread for the people. Studies of the corn supply of Rome during the Late Empire*, Svenka Institutet.
- Thompson, E. A. (1952). Peasant revolts in LRE Gaul and Spain. *Past and present*, 2, 11-23.
- Towsend, P. W. (1955). The Revolution of A. D. 238: The Leaders and their Aims, *YCS*, 14, 49-105.
- Turton, G. (1974). *The syrian princesses. The Women who ruled Rome, AD 193-235*. Cassell.
- Van Berchem, D. (1952). *L'armée de Dioclétienne et la réforme constantiniennne*. Institut francais d'archéologie du Beyrouit, bibliothèque archéologie et histoire, LVI.

- Vera, D. (2016). La política imperial y la “crisis” de la ciudad tardorromana en Occidente. En G. Bravo y R. González Salinero (Eds.), *Crisis en Roma y soluciones desde el poder*. Signifer.
- Vera, D. Strutture agrarie e strutture patrimoniali nella tarda antichità: L'aristocrazia romana fra agricoltura e commercio, en *La parte migliore del genere umano. Aristocrazia, potere e ideologia nell'occidente tardoantico*. Roda, S. (ed.). Il florilegi Striptorium, 165-224.
- Watson, A. (1999). *Aurelian and the Third Century*. Routledge.
- White J. F. (2005). *Restorer of the World: The Roman Emperor Aurelian*. Satherbury.
- Williams, S. (1985). *Diocletian and the Roman Recovery*. Batsford.
- Winsbury, R. (2010). *Zenobia of Palmyra. History, Myth and the Neo-Classical Imagination*. Bristol Classical Press.
- Zósimo (1992). *Nueva Historia* (Candu Morón, J. M. Trad.). Gredos.